

FRANCISCO JOSÉ SEGURA

**MUERTE
EN EL
ROMPEOLAS**



Tercera novela basada en el inspector Martín Campillo. El hallazgo casual de un cuerpo en el rompeolas del puerto de Cartagena iniciará toda una investigación policial que dará (o no) con el asesino, asesina o asesinos.

El inspector Campillo debe tomar las riendas de un nuevo caso ambientado en la ciudad de Cartagena donde nada ni nadie es lo que parece. La verdad y la mentira se fusionan en este juego de máscaras por el que se mueven los personajes.

Novela negra española en estado puro, esta vez ambientada en los años 80 en la ciudad de Cartagena (España); un thriller que se desarrolla en base a un amplio y detallado procedimiento policial, una investigación en el entorno de la víctima que dará como resultado sorprendentes hallazgos.

Prólogo del autor

Conocí a Martín Campillo Sanes en septiembre de 1973. Mi padre había muerto ese mes julio y, por razones que no vienen al caso contar, terminé estudiando COU en el instituto de La Unión.

Por aquel entonces, yo, un adolescente de diecisiete años, me sentía perdido en un instituto y en una ciudad en la que no conocía a nadie. Era tímido, introvertido y sobre todo estaba lleno de tristeza y rencor; tristeza por la temprana muerte de mi padre y rencor contra toda mi familia, por alejarme de mi entorno más íntimo y conocido.

Vestía de riguroso luto y siempre estaba solo, no hablaba con nadie y a nadie le interesaba saber quién era yo y por qué estaba allí.

Todo eso cambió la mañana en la que Martín se acercó a mí en el gimnasio y empezó a meterse conmigo. Era uno de los que mandaban allí o como se decía en mis tiempos: «de los que cortaba el bacalao». Siempre llevaba gente a su alrededor, pero a una distancia prudente para no molestar. Aquel día decidí que, si tenía que pasar, mejor cuanto antes; ha sido un rasgo de mi carácter que me ha perseguido toda mi vida, causándome muchos y variados conflictos.

Lo tenía delante de mí, ridiculizándome por mi vestuario y con dos o tres gilipollas riéndose detrás. Le hice frente, no me quedaba otra, y para mi sorpresa, me pasó el brazo por el hombro y me dijo:

–Viudo. Tú y yo vamos a ser buenos amigos. Venga vamos a clase y te sientas conmigo.

Desde aquel día todo cambió. Su amistad fue para mí una fuente de conocimiento de una parte de la vida de la

que yo no tenía ni idea. Fue mi guía por aquella pequeña ciudad hasta que me hizo amarla y sentirla como mía. Fue el compañero que mi soledad necesitaba. Aquella amistad no cambió solo mi vida; a mí también. Durante cinco años fuimos grandes amigos, hermanos (así nos gustaba llamarnos). Siempre juntos, en lo bueno y lo malo, sin mentiras, sin traiciones. Luego la vida nos separó, o como yo prefiero decir: nos dimos la mano y cada uno siguió un ramal distinto del camino.

Murió joven, demasiado. Tenía mucho que hacer y el tiempo se le escapó entre sus poderosas manos. Nunca lo he olvidado, ni lo haré. Cuando pienso en él, vuelvo a ser el niño perdido que él rescató. Siempre se lo deberé, pues hay cosas que nunca se pagan porque es imposible.

Seguro que si ha leído alguna de mis novelas estará cabreado conmigo, nunca habría sido policía. Ni en broma.

Por eso necesitaba contaros quién era el auténtico Martín. Un vikingo en el siglo veinte. Alto, rubio, con el pelo largo y rizado, ojos verdes, cara poderosa y sonrisa franca, fuerte de cuerpo y espíritu... Pero si tuviese que destacar una cualidad suya no lo dudaría un momento: valiente. Tanto que no tuvo miedo a una muerte temprana.

Esta novela va dedicada a él y a todos, ellos y ellas que compartieron conmigo aquellos maravillosos años en una no menos maravillosa ciudad.

Capítulo 0

Juan encendió un cigarrillo y miró su reloj: las 6:20 horas. Ya faltaba poco para que el sol saliese e iluminase los bloques donde había pasado la noche pescando. De sesenta y nueve años y jubilado de Peñarroya, no estaba dispuesto a caerse por irse a casa una hora antes. No sería el primero que había tropezado andando por los bloques de hormigón del espigón de La Curra y se había roto una pierna o quedado atrapado entre dos de ellos. Su vista y agilidad no eran las de su juventud, así que esperaba tranquilamente a que la luz del amanecer le facilitase el regreso.

La noche se le dio bien: en el cubo tres corvinas medianas, una vidriada de más de medio kilo y cuatro sargos grandes de verdad. Cuando la luz se lo permitiese: a limpiar el cubo, recoger los artes y a casa. Antes pasaría por *El Gato* a desayunar, presumir de la pesquera y si era posible, venderle al dueño del restaurante las corvinas, la vidriada y un par de sargos; los otros dos estaban adjudicados: uno para su hijo y el otro para que su mujer preparase un delicioso asado con patatas. Siempre tuvo buena mano pescando; conocía hasta el último rincón de la costa y qué buscar en ella en cualquier época del año. Ahora en marzo, el sargo entra a desovar hasta el interior del puerto, salen algunos ejemplares espléndidos y si estás en el lugar adecuado te puedes llevar unos cuantos. Con la venta satisfacía sus pequeños vicios, tal y como a él le gustaba llamarlos, que no eran otros que tabaco, algún vino con los amigos y el café de la partida de dominó.

El cielo fue pasando de un azul oscuro, casi negro, a un azul cada vez más claro intercalando rojos y naranjas en fi-

nas capas estratificadas. Al poco tiempo el horizonte se tiñó en su totalidad de un rojo anaranjado, presagio de la salida del sol. Todo un espectáculo de luz y color del que le encantaba disfrutar cada vez que su mujer, el tiempo y sobre todo sus piernas se lo permitían. Sin levantarse de su asiento en el bloque de hormigón, inició la recogida de los anzuelos, plomos e hilos colocándolos ordenadamente en su caja. Luego desmontó las cañas de pescar y las introdujo en sus fundas. Solo le quedaba enjuagar el cubo del *grumeje* y a casa. Se levantó con cuidado, sus piernas le dolían después de toda una noche en la misma posición. Tuvo que permanecer quieto hasta que sintió que las volvía a dominar, dos pasos y ya estaba en el borde del bloque. Arrojó al mar lo poco que contenía el cubo y se agachó para llenarlo de agua y limpiarlo. Al principio no estaba seguro de lo que estaba viendo, una pequeña ola movió el objeto que flotaba entre dos bloques cercanos. El cubo se le cayó de las manos. Se restregó los ojos, incrédulo ante la visión que tenía delante. Sin pensar en sus piernas ni en el peligro, salió corriendo a toda la velocidad que le permitían sus sesenta y nueve años.

Milagrosamente, sin caerse, consiguió ir saltando de bloque en bloque hasta llegar al último; este daba acceso a la rampa de subida al camino principal que corría en paralelo al rompeolas y que finalizaba en un extremo en el faro y en el opuesto en la playa de San Pedro. No tuvo tanta suerte al bajar la escalera de hormigón que conducía al puerto de amarre de los remolcadores desde el faro; no calculó bien en el último escalón y salió rodando por el asfalto. Un leve quejido antes de incorporarse de nuevo y seguir corriendo, aunque ahora cojeando, por la carretera que bordeaba la base naval. Llegó hasta el marinero de guardia sin resuello, se paró ante él y dobló su cintura apoyando las manos en las rodillas. Con una respiración jadeante le dijo:

—¡Llama a la policía!

–¿Cómo dice? –le respondió atónito el marinero.

Juan volvió a tomar aire e intentó calmarse.

–Llama a la policía, chaval. Hay una mujer muerta en los bloques.

Capítulo I

Un cadáver en La Curra (Miércoles, 28 de marzo 1984)

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

El teléfono no paraba de sonar. Martín Campillo abrió los ojos y giró lentamente la cabeza hasta fijar la vista en el despertador: las 7:15 horas. Solo llevaba dos durmiendo; esperó a que el teléfono dejase de sonar y volvió a cerrar los ojos. Tres días de cólico nefrítico aguantados a fuerza de voluntad y una alta dosis de analgésicos terminaron el día anterior en las urgencias del hospital. El dolor se había vuelto insoportable, así que a pesar de su aversión a los hospitales no le quedó más remedio que acudir a él. Seis horas enganchado a un suero de anticólicos y antiinflamatorios consiguieron facilitar la expulsión de la arenilla y acabar con el dolor. No obstante, se sentía igual que si alguien le hubiese roto un bate de beisbol en su espalda. Necesitaba descansar y eso era lo que iba a hacer.

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

No se lo podía creer; todos en comisaría conocían su dolencia, le habían visto salir doblado hacia el hospital. Ahora ya no podría volver a conciliar el sueño. Se sentó en la cama frente al teléfono, un segundo para calmarse. Mejor que fuese algo muy importante.

—¿Sí?

—Hola, Martín. Siento molestarte, ¿qué tal estás?

—Hola, José Manuel. Mal. ¿Qué pasa, coño? —le dijo resignado.

–Tenemos el cadáver de una mujer en el espigón de San Pedro. El comisario quiere que vayamos a hacernos cargo del caso. ¿Puedes?

–¿Puedo decir que no? –un momento de silencio sin respuesta–. Dame cinco minutos y me recoges en el *Columbus*.

–Estupendo. Ahora nos vemos y lo dicho: lo lamento.

Campillo colgó el teléfono maldiciendo su suerte y al comisario. Realmente necesitaba el día para reponerse, pero no le quedaba otra que joderse e ir a San Pedro; un cadáver que aparece en esas circunstancias tenía muchas posibilidades de ser el fruto de un delito. Tenía que ir, sí o sí. Se dio una ducha rápida y, tras tomar una *buscapina*, bajó al bar. José Manuel ya estaba allí.

–Hola, de verdad que lo siento. He intentado explicarle al comisario que estabas mal, pero ha insistido.

–No te preocupes, casi prefiero moverme a pasar el día tirado en la cama, luego por la noche no podría dormir. De todas formas, hoy apenas me duele.

–Buenos días, D. Martín –Pepe se dio cuenta del mal aspecto de Campillo–. Tiene mala cara, ¿lo de siempre? –cualquier otro día no le habría preguntado.

–El riñón, Pepe, me lleva frito. Hoy no, ponme una manzanilla caliente.

–Sí que estamos mal. –Pepe se dirigió a la máquina de café a preparar el pedido.

–Cuéntame.

–Han llamado del cuerpo de guardia de la Base Naval de San Pedro. Un pescador les ha informado de la presencia de un cadáver en los bloques. Uno de los marineros de guardia se ha acercado al espigón y tras comprobar que era cierto nos han llamado. Ha salido para allá un coche patrulla. Nos están esperando.

–Pues me tomo la manzanilla y nos vamos. ¡Pepe, enfríala!

Un agente de pie junto a un coche patrulla en el desvío a Cala Cortina les indicó con la mano que siguiesen rectos por la carretera de casi un kilómetro que corría paralela a la valla de la base; al final de esta, bajo el faro verde, se distinguía otro coche patrulla con las luces encendidas. Uno de los policías se encontraba en las escaleras de acceso al faro impidiendo el paso de los curiosos al rompeolas.

—Hola, Luis. ¿Dónde está el cadáver?

—Buenos días, inspector. A media altura del rompeolas. Carlos está en el lugar con el pescador que ha encontrado el cuerpo. ¿Usted qué tal está?

—Aguantando el tirón... De todas formas, he estado mejor.

El agente no dijo nada, la respuesta estaba dicha de tal modo que era difícil distinguir si estaba mal por el riñón o porque le habían llamado sin dejarle descansar lo suficiente. Por lo demás, la cara no dejaba lugar a dudas; su aspecto entre enfermo y cansado era de pena. En el trayecto hasta el cadáver se llevó varias veces la mano al costado izquierdo, por primera vez en cuatro días no sentía el riñón; eso empezaba a ser un buen síntoma.

—Hola, Carlos. ¿Dónde está la mujer?

—Justo enfrente. Hay que bajar por estas piedras, saltar al bloque de la derecha y luego cruzar tres bloques hacia la izquierda. Tiene medio cuerpo aprisionado por las rocas. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor, hoy por lo menos no noto el riñón.

—Me alegro.

Se miró los zapatos, menos mal que escogió ponerse unos de suela de goma. Las rocas húmedas por las salpicaduras de agua y el rocío de la mañana no eran una buena base de sustentación. Con precaución y cuidado saltó de roca a bloque hasta llegar al cuerpo de la mujer. Estaba boca abajo y a simple vista se observaba una fea herida en la parte posterior de la cabeza. Llevaba una camisa ro-

sa pálido y una falda roja. La falda, casi enrollada en la cintura, permitía comprobar la ausencia de ropa interior, de los zapatos ni rastro.

–Mala suerte, muchacha –lo dijo con pena antes de volver la cabeza hacia José Manuel–. Esto no es un accidente. Con casi total seguridad la violaron antes de acabar con su vida. ¿Quién viene a sacarla?

–Han avisado a los buzos de la Guardia Civil, deben de estar al llegar.

–¿Qué sabemos del juzgado?

–Pues que deberían estar ya aquí. Tendremos que esperarlos.

–La mandarán directamente al Anatómico Forense, aquí hay poco que rascar. Las únicas pruebas que van a encontrar son los restos que haya dejado el pescador. No la mataron aquí, la tiraron al mar, vete a ver dónde, y el mar la ha devuelto, no es suya y no la quiere. Esperemos tener suerte y que esté entre las denuncias de desaparecidos o podamos cotejar sus huellas dactilares. Como estuviera de paso por aquí lo vamos a tener crudo para saber quién es.

Volvieron hasta el lugar donde esperaba el pescador junto al agente. El hombre estaba impactado por el hallazgo, todavía tenía reflejado el susto en la cara.

–Usted ha sido el que la ha encontrado, ¿verdad?

–Sí, esta mañana cuando he ido a limpiar el cubo la he visto. Al principio no sabía bien qué era, pero luego una ola la movió y le distinguí perfectamente las piernas. He ido corriendo a decírselo a los marineros para que les llamaran.

–¿Cómo se llama? –preguntó Campillo mientras se fijaba en un roto en el pantalón y lo que parecía ser sangre en la pierna del hombre.

–Juan. Bueno, Juan Martínez Pérez.

–Eso de la pierna es sangre ¿no?

–Sí, me caí corriendo cuando iba a avisarles. Me di un susto enorme al verla, no se lo puede usted imaginar. El cubo se me cayó al agua, no sé cómo no me he matado en los bloques. –Le temblaban la voz y las manos.

–Ahora vendrá una ambulancia, diga que le vean esa rodilla.

–Si no le importa, prefiero irme a casa, estoy aquí desde ayer. –Una simple mirada a su cara confirmaba que lo necesitaba.

No tenía demasiado sentido machacar al pobre pescador con más preguntas, ya le llamarían a comisaría esa tarde o al día siguiente.

–Puede marcharse. Antes dele los datos a mi compañero. Le llamaremos para que vaya a comisaría a hacer una declaración y firmarla.

–Una última pregunta –terció José Manuel–. Ayer, cuando llegó. ¿Era de día?

–Claro, yo no me atrevo a andar por los bloques de noche. Por eso he esperado hasta que amaneciese.

–Y ¿no la vio? –preguntó algo sorprendido José Manuel.

–Cuando vine, hice lo mismo que esta mañana. Me acerqué al borde a coger agua y miré a los lados por si había alguna red; yo juraría que no estaba, desde luego yo no la vi.

En tanto Juan daba sus datos personales a José Manuel, seguramente el pobre hombre tardaría mucho en volver a pescar en ese sitio, si es que alguna vez volvía. Campillo se acercó nuevamente al borde del agua y se puso en cuclillas mirando en dirección a la pobre muchacha que flotaba golpeándose contra las rocas con cada ola. Encendió un cigarrillo y oteó el horizonte en busca de la lancha de la Guardia Civil. De momento nada. Miró el reloj: las 8:00 horas. No deberían tardar.

«¿Qué te ha pasado? ¿En qué lio te metiste? Tienes que ayudarme a pillar al cabrón que te ha hecho esto». El

ruido de un motor fuera borda le sacó de sus pensamientos. Una lancha zodiac se acercaba a su posición desde la dársena. Campillo no se movió, solo levantó un brazo para que la lancha parase a su altura.

–Cabo, soy el inspector Martín Campillo, Policía Nacional. Pueden acercarse y darle la vuelta, quiero verla de frente.

–Deberíamos esperar al forense y al juez –respondió el cabo.

–Venga hombre, ¿de verdad piensa que importará mucho? No ha muerto aquí, es solo por ver si tiene alguna herida más en el pecho o abdomen y empezar a trabajar.

No sin cierto desagrado, el cabo accedió. Una pareja de buzos se tiró al agua mientras él gobernaba la pequeña embarcación. Con alguna dificultad consiguieron liberar el cuerpo lo justo para poder girarla con cuidado. La camisa rasgada dejó ver el sujetador roto colgando de cada hombro; en el pecho se apreciaban las heridas producidas por un arma blanca, aparentemente de gran tamaño, contó siete.

–Se ha ensañado con ella. Debe ser algo personal, José Manuel. Demasiado odio.

–O ha tenido la mala suerte de tropezar con un psicópata –contestó serio, José Manuel, pensando en esa posibilidad.

–Espero que no, sobre todo por las pobres mujeres que vendrán detrás de esta –Campillo le contestó sin separar la mirada de la muchacha.

Su intuición le decía que era algo personal, los asesinatos por celos, envidia o dominación solían ser los más salvajes. El asesino siempre se ensañaba con la víctima como mecanismo de liberación de su frustración o su ansia de dominio; la demostración de un poder dañino y cruel.

–Gracias, cabo. Por favor, dígame a la ambulancia que directos al Anatómico Forense. Nosotros vamos para allá.

–Cuando llegue el juez y lo autorice inspector. –Campillo no insistió, ese era el protocolo correcto.

Tuvieron que esperar más de una hora hasta que se produjo el levantamiento del cadáver y la ambulancia trasladara los restos al Anatómico Forense. Casi al mismo tiempo que ellos llegó D. Andrés, patólogo forense cercano a la jubilación y encargado de realizar la autopsia. Hombre afable, mantenía una excelente relación con la policía y más en concreto con Martín Campillo.

–Hola, Andrés. Necesito que me anticipes todo lo que puedas sobre la causa de su muerte. Ya sabes que las primeras horas son fundamentales.

–No te preocupes por eso, Martín. ¿Tenéis intención de pasar a la sala de autopsias? –Campillo afirmó con la cabeza—. Entonces poneros batas y guantes, no quiero contaminaciones. Por cierto, me comentaron que tenías un problema de riñón. ¿Qué tal estás?

Campillo se sorprendió ante la pregunta.

–Estoy bien, fue un cólico puñetero, ya pasó. Lo que no sabía era que mi cólico fuese tan popular.

–Bueno, ya sabes, a la gente le encanta cotillear. Me llamó el comisario pidiéndome unos datos antiguos y de paso, con cierta alegría, me contó lo tuyo –continuó con ironía—. Se nota que te aprecia mucho.

–Sin comentarios, Andrés. Sin comentarios. –No estaba de humor para determinadas polémicas.

Depositaron a la muchacha sobre una mesa de mármol. El forense, con cuidado y sobre todo respeto, la fue despojando de sus vestiduras hasta dejarla completamente desnuda. Con meticulosidad escudriñó cada centímetro de su cuerpo. Transcurridos unos minutos se incorporó.

–Bien, amigo Martín, te puedo anticipar algunas cosas que constarán en el informe. Ya sabes que la permanencia de los cadáveres en el agua dificulta el estudio. No obstante, con un pequeño índice de error, me atrevo a asegurar que lleva muerta entre cuatro y cinco días. Es decir,

murió entre el viernes y el sábado por las heridas de arma blanca en el pecho. El golpe de la cabeza le pudo hacer perder el sentido, pero dudo mucho de que la matara; lo sabremos con seguridad cuando analice su cerebro. Seguramente estaba muerta cuando la arrojaron al mar, dudo que haya agua en sus pulmones. Hay señales claras de ligaduras en ambas muñecas, estuvo atada con fuerza, las marcas son profundas. Presenta daños visibles en la zona anal, debieron ser realizados con algún objeto duro, ¿de qué tipo? No lo sabré hasta realizar la autopsia. Si ha sido violada va a ser difícil encontrar restos de semen tras tantos días en el mar. Pediré una analítica de tóxicos y ya te informaré cuando tenga los resultados. Debe tener entre veintidós y veinticinco años, no más. Y una cosa importante, aunque mitigados por su mestizaje, presenta rasgos característicos de los nativos americanos; los ojos mongoloides, cintura estrecha, rostro más ancho de lo normal en los europeos y nariz un poco más carnosa. Sin duda, es mestiza. Eso es todo lo que te puedo decir de momento.

—Lo que sí te voy a pedir es que me vayas informando según avances.

—No te preocupes. Así lo haré, Martín, como siempre.

Si Andrés estaba en lo cierto, y la chica hubiese nacido en el extranjero, la búsqueda se reducía a las personas con visado o que hubiesen solicitado la nacionalidad española o la doble nacionalidad. Esperaba tener suerte. Si la chica había nacido en España, otra cosa distinta sería encontrarla en el archivo. No quería agobiarse pensando en esa posibilidad, esperaba que alguien hubiese denunciado su desaparición tras el tiempo transcurrido desde su muerte.

—Muchas gracias, Andrés. Un último favor, necesitamos las huellas dactilares.

Andrés impregnó los dedos del cadáver en tinta y pasó las huellas a unas tarjetas preparadas al efecto. Las diez impresiones eran nítidas. Las crestas capilares y sus puntos